

Galicia en los dibujos de Agustín Portela

Francisco José PORTELA SANDOVAL

Universidad Complutense de Madrid
fportela@ghi.ucm.es

Alguna vez escribí que, en ocasiones, cabe pensar en la existencia de circunstancias curiosas y hasta sorprendentes. Cuando el seis de diciembre de 1992 fallecía Agustín Portela Paz en su casa de Pontevedra, yo, ajeno por completo a tal circunstancia, aprovechaba aquel largo fin de semana en mi domicilio madrileño para redactar una breve presentación del catálogo de la exposición de obra grabada de Julio Prieto Nespereira que se iba a celebrar en la Casa de Galicia en Madrid pocas semanas más tarde. Dándole vueltas a la mente, me vinieron al recuerdo mis paseos, de niño y luego de joven, por las salas del tan querido Museo de Pontevedra, en las que di mis primeros pasos por el mundo de la Historia del Arte. Unos pasos que, por la temprana muerte de mi padre, muchas veces habían sido guiados precisamente por Agustín Portela, mi tío. En esos recorridos habíamos contemplado grabados de Manuel Castro Gil y de Julio Prieto Nespereira y él, con la facilidad y también con el deleite con que todo artista gusta expresarse sobre todo aquello que conoce bien porque lo cultiva, me iba explicando el método adecuado para conseguir los negros intensos o los blancos apenas manchados que, en las composiciones de Castro y Prieto, se ofrecían en contrastes de intensa fuerza expresiva. Así me explicaba lo que aquel gran grabador que fuera Ricardo Baroja, el hermano del famoso novelista, alcanzó a definir como “la batalla campal entre el ácido que ataca y el barniz que defiende”.

Pues bien, cuando estaba escribiendo unas frases muy semejantes a éstas, el teléfono me hizo llegar a Madrid la infausta noticia de su fallecimiento¹. Ahora, al recordar aquella cir-

cunstancia, he ido pasando revista a muchos recuerdos de mi relación con Agustín Portela. Desde la casa de la antaño conocida como plaza de la Verdura —ahora, dedicada a Indalecio Armesto—, en que él nació y yo también, hasta los años de convivencia familiar en nuestros respectivos pisos del número 9 de la calle de Valentín García Escudero; y siempre le veo con su proverbial afabilidad y su elevado sentido del humor, no exento de la fina ironía que también le caracterizó.

Luego, durante los periodos de vacaciones en que yo siempre procuraba volver a Pontevedra, me gustaba acudir a su despacho de la Diputación Provincial y allí, en el majestuoso interior del centenario edificio que levantara otro pariente mío, el arquitecto Alejandro Rodríguez Sesmero, me comentaba, entre planos, proyectos y memorias, sus continuados trabajos por toda la provincia. Otras veces, en su casa de la Rúa Nueva o bien en el tranquilo reposo abierto a las aguas de la ría pontevedresa entre Raxó y Portonovo, me enseñaba los dibujos ya hechos o los que tenía en ejecución, constituyendo aquello para mí una extraordinaria satisfacción y, a la vez, una magnífica sorpresa al ver cómo en sus manos el carbón del lapicero o la tinta china de la plumilla recorrían el papel con trazo firme y al tiempo con gran soltura, plasmando en la blanca e inmaculada superficie todo cuanto ya tenía firmemente concebido en su cabeza.

Un trazo el de Agustín Portela, de ritmo ondulante, sinuoso, un tanto diferente del de Luis Seoane, por ejemplo, y antítesis del más volumétrico de Vicente Risco, uno y otro buenos ilustradores de la revista *Nós*, como también situado en

¹ Agustín Portela Paz había nacido el 3 de enero de 1906 en Pontevedra, en donde siguió las enseñanzas del Bachillerato, para realizar luego en Madrid estudios en las escuelas de Ingenieros Industriales, Aparejadores y Bellas Artes. Afincado en su ciudad natal, fue aparejador del Ayuntamiento y de la Diputación Provincial, además de presidir durante más de dos décadas el Colegio Oficial de Aparejadores de la provincia. En algún momento, se dedicó a la enseñanza. Vinculado al Partido Galeguista, fue promotor en España de la Liga de los Derechos del Hombre y también miembro fundador del Museo do Pobo Galego y, en 1967, de la Asociación “Amigos da Cultura de Pontevedra”. Formó parte del Patronato del Museo de Pontevedra, de muchas de cuyas actividades fue continuado impulsor. También fue miembro correspondiente de la Real Academia Gallega y perteneció al Patronato del *Pedrón de Ouro*.

el polo opuesto de los perfiles angulosos unas veces, y demasiado redondeados otras, de Alfonso Castelao, que había sido precisamente su profesor de Dibujo en el Instituto pontevedrés.

En buena parte de sus dibujos, Portela reflejó el mismo fino humor y talante liberal de aquellos semanarios en lengua gallega que habían sido fundados por su padre, mi abuelo Francisco Portela Pérez: *La Voz de Helenes* (en 1883) y *A tía Catuxa*. Y también coincidieron padre e hijo en su atención al costumbrismo y al folklore; el uno, animado por los tardíos ecos del “Rexurdimento”, con libros como *As romerías de Galicia* (1889) y, como asiduo asistente a las tertulias del “banco da botica” de Perfecto Feijoo, con su participación en la fundación del primer Coro Gallego y de la Sociedad Artística de Pontevedra; el segundo, con las ilustraciones, por ejemplo, de Pontevedra, *boa vila* y hasta con las que acompañaban aquellas *Narraciones breves* de su padre, editadas poco antes del fallecimiento de éste en 1948².

Como ilustrador, la obra artística de Agustín Portela ha ilustrado los textos de un amplio abanico de escritores, flor y nata de la literatura gallega de su tiempo: Ramón Cabanillas, Álvaro Cunqueiro, Ramón Otero Pedrayo, Ricardo Carballo Calero, José María Castroviejo, Viñas Calvo, Lily Fabeiro, Prudencio Landín Tobío, Pura Vázquez, Antonio Rodríguez Fraiz, etc.

Además de sus ilustraciones en línea, sin duda las más conocidas, Portela prestó mucha atención al grabado. Así, formó parte de aquel gran bloque pontevedrés que introdujo nueva savia vivificada a la ilustración gallega merced a la técnica del linóleo, ya iniciada por Castelao; una técnica que no era demasiado estimada por los más celebrados grabadores del momento como Manuel Castro Gil o Julio Prieto Nespereira, que la estimaban como poco ortodoxa desde el punto de vista artístico. Pero esas linoleografías, que son derivadas de las xilografías y como tales constituyen una técnica de grabado en relieve, es cierto que reducen la tirada final de estampas porque el material resulta más blando que la madera y se deteriora antes, pero alivian el trabajo del grabador y, sobre todo, permiten que el artista refleje más hondamente la huella firme o trémula de su mano.

Con Portela, Luis Pintos Fonseca, Carlos Sobrino, Xosé Sesto, Paisa Gil, Turas, Liste

Naveira, Manuel Torres o José Luis -a algunos de los cuales tuve oportunidad de conocer y de tratar en mayor o menor medida- todos ellos formaron ese gran bloque pontevedrés del grabado en linóleo³ y colaboraron en la revista *Spes* desde 1934 y, especialmente, durante la década siguiente, manteniendo así la antorcha ilustradora de publicaciones como *Nós*, surgida allá por el verano de 1920 en nuestro querido Café Méndez Núñez, que todavía logro recordar en su antiguo emplazamiento de la esquina de la calle de la Oliva con la plaza de la Peregrina.

En la revista *Spes*, los temas ilustrativos de Portela fueron religiosos muchas veces, pero tampoco faltaron —como en la coruñesa *Alfar* o en la lucense *Ronsel*— las escenas de paisanos y representaciones costumbristas de nuestra tierra, muchas veces surgidas al calor de las tertulias del Café Moderno, con sus muros decorados por Laxeiro y Luis Pintos. Y lo mismo en las páginas de otras revistas como *Finisterre* y *Sonata Gallega* allá por los años medios de la década de los cuarenta de la pasada centuria, y más tarde en la fugaz existencia de *Litoral*. Igualmente colaboró artísticamente con periódicos y publicaciones como *Faro de Vigo*, *La Noche*, *Vida Gallega*, *Chan*, etc.

De sus obras, la más conocida fue *Pontevedra, boa vila*, que vio la luz en el mes de diciembre de 1947 (Pontevedra, Gráficas Torres), y que, bastantes años después, agotada ya la primera edición, fue publicada en facsímil por la Consellería de Presidencia de la Xunta de Galicia (noviembre de 1985). Se trata de una relación de breves artículos sobre Pontevedra que Portela encomendó a varios escritores con la intención de que se escribiera algo sobre las costumbres y los personajes más famosos de su Pontevedra natal, que él había reflejado en varios dibujos de excelente factura. Entre las más de tres docenas de firmantes se cuentan Viñas Calvo, M. Cuña Novás, Manuel Blanco Tobío, José de Castro Arines, Prudencio Landín Tobío, Antonio Blanco Freijeiro, Juan Novás, Plácido R. Castro, Ramón Barreiro, José León Delestal, Ramón Cid, Antonio Iglesias Vilarelle, Enrique F. Villamil, Julio Sigüenza, Amancio Landín Carrasco, Emilio Ramón Álvarez, E. Rey Seoane, Celso Emilio Ferreiro, Isidoro Millán, Ramiro Sabell Mosquera y Borobó. Todos

² En varios diccionarios de reciente publicación se indica que su muerte se produjo en 1931, lo que es de todo punto erróneo; puedo asegurar que falleció en Pontevedra el 12 de julio de 1948 y que fue enterrado en el panteón familiar del Cementerio de Pontevedra, en el que también reposan los restos de su hijo Agustín.

³ Cf. VV.AA., *La linoleografía en Galicia*, Pontevedra, 1946.

ellos escribieron sus breves colaboraciones en lengua castellana, pero hubo otros participantes que lo hicieron en gallego, detalle que resulta extraordinariamente llamativo si tenemos en cuenta la fecha de edición; además sorprende el elenco de firmantes de los textos en la lengua de Rosalía de Castro y Manuel Curros: Francisco Javier Sánchez Cantón, Florentino López Cuevillas, Aquilino Iglesia Alvariño, Xosé María y Emilio Álvarez Blázquez, Sabino Torres Ferrer, Celso Collazo Lema, Antonio Fraguas Fraguas, José Ramón y Fernández, Salvador Lorenzana, Ramón Otero Pedrayo, Manuel Chamoso Lamas, José Filgueira Valverde, Fermín Bouza Brey, Vicente Risco y Ramón Cabanillas. Las ilustraciones de *Pontevedra, boa vila* son, sin duda alguna, lo mejor que, a nuestro juicio, salió de las manos de Portela. Repartidas en las tres partes de la publicación (*Cosas de Pontevedra*, *Los "fundotes"* y *Un año en Pontevedra*), se convierten en lo más característico de su modo de reflejar el espíritu de las gentes gallegas, muy en especial las pequeñas viñetas que, impresas en azul, se incluyen en el inicio de los textos y que, como las dedicadas a Teucro en la portada del libro, muestran un cierto tono burlesco, empezando por su propio autorretrato al final de la obra.

En 1987, la Consellería de Presidencia de la Xunta de Galicia publicó *As pontes do Lérez*, con dibujos de Portela y texto de Antonio Rodríguez Fraiz en edición sin paginar, en la que se incluyen 39 dibujos a toda página, que van dejando retratados con fidelidad, pero, a la vez, con llamativa economía de trazos, los puentes, grandes y pequeños bajo los que las aguas del río Lérez, nacidas casi a la vera de las piedras cistercienses del monasterio de Acibeiro en la alta Tierra de Montes, recorren los campos de Forcarei, Cerdedo y Cotobade hasta abrazarse a las del Atlántico en la ría de Pontevedra. Como detalle curioso, cabe indicar que la portada reproduce, con ligeras variantes, uno de los mejores dibujos del anterior libro dedicado a Pontevedra, en concreto el que ilustra la colaboración titulada "No río de Tomeza".

En la primavera de 1992, se celebró una nueva exposición antológica de su obra a cargo de la Diputación Provincial y de la Asociación "Amigos

da Cultura de Pontevedra", que vino a coincidir con la edición por la Diputación Provincial pontevedresa del libro *O trasno*, que, prologado por Ramón Cabanillas y con enjundiosa y sentida presentación de Rodríguez Fraiz, había permanecido largo tiempo sin llegar a la imprenta. Se trata de un volumen de 112 páginas en gallego acerca de la difícilmente definible figura del trasno, en el que se incluyen veintitrés ilustraciones a toda página, que ponen de manifiesto un estilo como más barroco, entendiéndolo por tal un mayor recargamiento en el trazo, sobre todo en los primeros planos de paisaje y en las figuras, que se tornan más expresionistas en sus facciones y actitudes, mientras que sólo en las lejanías se sigue observando el toque magistral de aquel sencillo dibujo propio de Portela en las anteriores décadas.

Inconfundibles sirenas de ondulantes cabellebras, nubes algodonosas entre las que revolotean unas características gaviotas, "moinantes" de Lérez, mujeres con sus "nenos" en brazos o andando remolones, son modelos frecuentes en sus dibujos, sin que falten hasta unos picarones rapaces jugando a las cartas o montando en los tiiovos que, salvando las lógicas distancias temporales y estéticas, nos harían recordar al Goya de los tapices dieciochescos con escenas madrileñas, si no fuera por la ausencia de los colores pastel en los dibujos de Agustín Portela, aun cuando en ocasiones gustaba servirse de unos suaves toques de acuarela para colorear sus creaciones⁴.

Sus figuras, de inconfundible aspecto, entre ingenuas y resignadas muchas veces, flexionan un tanto sus rodillas y se mueven en espacios naturales o urbanos cuyas sombras Portela supo crear magistralmente a base de líneas más unidas o más separadas, como manda la técnica del grabado, pero sin que esas sombras resten atención alguna a los personajes, sino que más bien contribuyan a destacarlos en la escena.

Es cierto que buena parte de su obra artística, excepción hecha de la dedicada a la ilustración de libros⁵ y periódicos, se mantuvo inédita, desconocida para el público en general, hasta la exposición que fue organizada en el mes de febrero de 1984 en el Centro Cultural ("Café Moderno") de la Caja Rural Provincial de Pontevedra. Podría decirse que algo así aconteció con la numerosa

⁴ En varias ocasiones realizó carteles con figuras de su peculiar estilo lineal para anunciar festejos populares como las Fiestas de la Peregrina.

⁵ Entre otras publicaciones, también aparecen ilustraciones suyas en *Virxilio Blanco. Lembranza* (Orense, 1975), junto a otras de Maside, Laxeiro, Pesqueira, Torres Martínez y Colmeiro; y en *Canteiros e artistas da Terra de Montes e Ribeiras do Lérez* (Pontevedra, 1982), en unión de otras firmadas por Alcorlo, Barreiro, Conde Corbal, Laxeiro, Rafael Úbeda, etc.

escultura de Picasso hasta los años sesenta en que salió a la luz para sorpresa de historiadores y público en general. Los dibujos de Portela eran las expresiones gráficas personales de un mundo que, desde su elevada atalaya de observador profundo y silencioso, iba captando, analizando y desmenuzando con la minuciosidad del médico que lleva a cabo una disección. Los tipos humanos, las costumbres populares, el drama social del campesino gallego, el complejo mundo de las supersticiones y las “meigas” son, de una parte, temas recurrentes en sus obras; como igualmente lo son los monumentos, bien conservados o en ruinas, a los que aplicaba sus profundos conocimientos histórico-artísticos, sobre todo por su vinculación profesional con la Arquitectura; y sin que falten algunas composiciones entre fantásticas o fantasmagóricas y surrealistas, con maniqués de cuerpos medio consumidos o sangrantes marionetas, y hasta algunos calificables de expresionistas con ciertos ecos de la plástica germánica, a base de esqueletos de flamantes chisteras o condecorados chaqués.

Pero además de esta polifacética actividad ilustradora y dibujística, sin duda la faceta más difundida y popular de Agustín Portela, hay en su obra una vertiente que nos interesa sobremanera destacar como pontevedrés y como historiador del Arte: el *Plano de reconstrucción del recinto amurallado de la villa de Pontevedra a mediados del siglo XIX*, que dio a conocer en 1980 tras no pocos años de tenaz y minuciosa investigación, de algunos de cuyos momentos de elaboración fui afortunado testigo, viendo cómo, paso a paso, casa a casa, iglesia a iglesia, iban surgiendo, con una idónea perspectiva axonométrica, las diferentes partes de una Pontevedra decimonónica, abrazada entonces en buena medida por un recinto murado, en parte todavía hoy visible en el entorno de la basílica de Santa María, que explica con

claridad el desarrollo morfológico de la trama urbana de la ciudad. Es una obra que le llenaba de satisfacción, tanto en sus búsquedas históricas como en su previo tanteo a lápiz y posterior repaso a tinta china y no es para menos por el singular valor que encierra, como supo reconocer la capital con la concesión de una preciada recompensa en atención al interés histórico-documental y también artístico de su aportación, de cuyo original hizo donación al Museo de Pontevedra.

También ha dedicado atención a los castillos de Galicia, de los que llegó a realizar diversas representaciones.

Su firma, siempre en letras minúsculas, bien entrelazadas como reflejo de su seguridad de ideas, se ha hecho famosa. Pero sus dibujos bien podrían ir sin ella; me atrevo a decir que no la necesitan; se han identificado tanto con el pueblo pontevedrés, o a la inversa, que fácil y rápidamente se recuerda el nombre de su autor. ¿Qué mejor recompensa para un artista que el hecho de que sus criaturas sean claramente asociadas con su nombre, aunque no esté expresada la firma? Si no me cegara la pasión familiar, me atrevería a afirmar que eso sólo está reservado a los genios.

En la persona de Agustín Portela Paz se encerró no sólo el gran artista que modestamente hemos pretendido glosar en estas breves páginas, sino, sobre todo, un hombre profundamente enamorado de la vida de Galicia y, en especial, de la de su ciudad, Pontevedra, y ese amor, casi reverencial, trató de hacerlo común a todos los que le rodeaban —aunque, como en mi caso, esa proximidad tuviera que ser sólo ocasional en el tiempo— y hasta incluso a quienes en algunos momentos no fueron capaces de comprender que también fue un auténtico maestro en el nada fácil arte de la vida desarrollada en mutuo respeto y libertad, pero hondamente comprometida con unos ideales y con la secular cultura gallega.











